

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

SOBRE LAS ILUSTRACIONES

Elías Trabulse es uno de esos raros investigadores universitarios en cuya labor la excelencia corre parejas con la constancia y cuyos frutos —cosa más infrecuente todavía— caen naturalmente en el terreno público, fuera de las bardas académicas, sin ceder a las tentaciones de la vulgarización. Antes de una obra que vale por sí misma no menos que por lo que divulga y rescata, Trabulse ha hecho por sí solo el trabajo que varias instituciones juntas ni siquiera han intentado. Sus investigaciones sobre la historia de la ciencia en México están al alcance de todos en libros que, además de rigurosos, suelen estar hermosamente ilustrados. El último de ellos, publicado por el Instituto Mexiquense de Cultura, es *José María Velasco: Un paisaje de la ciencia en México*. Título engañoso: el tema del libro es mucho más vasto y está enunciado en el encabezado de su primer capítulo: "El arte de la ilustración científica en México (1769-1868)". Se trata, pues, de una investigación que cubre cien años en los que se comprenden el fin de la Nueva España y el comienzo del México independiente. Un periodo que comienza con la cultura ilustrada y llega hasta el surgimiento del positivismo. Trabulse hace la historia de las metamorfosis que sufren en ese periodo el concepto de *ciencia* y, en la ciencia, la idea de la *representación*. ¿Qué significa representar un objeto? La pregunta atañe a la ciencia pero también al arte. ¿De qué modo el arte de la representación objetiva se vio afectado por los cambios que sufrieron en el siglo pasado los conceptos de *ciencia*, *verdad* y *conocimiento*? Se trata de un tema apasionante. El mes próximo publicaremos una entrevista con Elías Trabulse sobre estos asuntos y un comentario sobre su libro, del que hemos tomado los dibujos del italiano Eugenio Landierio que ilustran este número de *Vuelta*.

LA REDACCIÓN

CONTRASEÑAS, EPIGRAMAS Y AVENTURAS

La editorial venezolana acaba de publicar El reyzeulo de Adolfo Castañón, libro que recoge y recombina tres libros anteriores. Reproducimos aquí parte del entusiasta prólogo de José Balza:

"Además de escritor y de aprendiz de editor, soy aficionado a la cocina y a la conversación": en efecto, como todo buen practicante oral, Castañón cultiva los silencios como si una granada fuese a estallar dentro de él. Sabe escuchar (casi como si previera insólitos matices en lo que dirá el otro), no es ajeno a prolongadas sesiones de concentración: pero, de esa misma manera, en voz baja y refrendando con los ojos, persigue una asociación, un dato, un chiste. Los temas —a pesar de su inesperada variedad— surgen y se alejan desde un punto central: los libros. Detalles de alguna página leída a los doce (en plena pubertad Adolfo leía, a veces en sitios visibles, *La rama dorada*), hechos en la vida de un autor ocurridos en el París de 1916, confesiones y manías de otro, comparaciones de un motivo que atraviesa veinte siglos, intrigas familiares durante la revolución o en el México actual, el vino predilecto de María Luisa Bombal, una cena soñada por José Bianco, la obra entera de Octavio Paz: el repertorio hablado puede dispararse hacia cualquier área de la experiencia y del espíritu. Castañón sabrá condimentarlo con citas, fuentes y otras tramas literarias; en su memoria la precisión no es subalterna de la gracia [...]

Si pensamos que México acumula prodigiosas culturas autóctonas, un lapso viñetinal de poder principal, sacudimientos históricos contemporáneos que repercuten en todo el mundo y, que por lo tanto, su milenaria literatura puede aplastar o despertar cualquier destino individual; si a la impecable tradición de prosistas y poetas que hoy llenan el siglo xx en ese país, unimos la vigorosa presencia de excepcionales autores de la actualidad, podremos vislumbrar el magma

intelectual en el cual nace y se forma Adolfo Castañón.

Como en un extraño sortilegio, lo más evidente de su actividad literaria aparece en el territorio editorial; integrar (y conducir) el equipo del FCE bien puede compararse a regir un planeta de libros. A esa ala mental pertenece, no sólo el editor brillante, sino también aquel que ha "escrito innumerables informes editoriales de obras que nunca se publicarán".

Pero tras la particular conversación castañonesca —a la cual ya hemos aludido—, y desde ella, se conciben los silencios que desembocan en una escritura en la que reposan viajes, ensoñaciones, experiencias de infancia, trato con traducciones y traductores, con grandes escritores: texto que busca su respiración y su acento en medio de esa literatura genésica que es la mexicana [...]

Adolfo Castañón no solamente comparte otras vidas al leer, sino que parece llevar consigo un otro que lo vive, lo sustituye a ratos y termina por moderar una conducta rica en imitaciones: aquellas que ese yo inventa o desecha hasta resumirlas en el tono a la vez cauto y exaltado de su conversación y que se sintetiza en una escritura deliberadamente familiar (o personal), pero tendida como un matiz que arraiga en voces profundas de un pasado no reconocible.

La presente edición recoge tres obras de Castañón. La primera de ellas, *Fuera del aire*, publicada a los veinticinco años muestra, curiosamente, cuanto desaparecerá en la segunda (*El Reyzeulo*). Aquella está integrada por un conjunto de textos cuyos "jugos aéreos" se apoyan en una prosa ceñida, que rechaza exigirse como narración, rememoraciones o iluminaciones súbitas, pero que no omite ingredientes de todo eso, y un líquido trato entre lo poético y el humor. Se abre, desde luego, con vagabundeos geográficamente indeterminados, en los que lateralmente podemos reconocer el mundo heleno. Ya allí se nos dice que "viajando, recobramos nuestra propia experiencia..." y "otras tantas inocencias y otras tantas miradas gozosamente heridas por el estupor". Veremos espon-

jarse los objetos y alguien (¿Magritte?) que busca otros espacios. Tendremos la razón de ser feliz para un vendedor de gelatinas; un charlatán ("aquel animal obtuso y cortés") en el desierto; la confesión de un "chupador", etc. Ninguna de tales escenas pretende buscar o mostrar unidad y continuidad. Más bien son mordiscos al (ilusorio) mundo; pero ya aquí hay alguien que se plagia a sí mismo o que por lo menos anda ocultándose "de un doble que nos roza sin reconocernos".

Ese doble, apenas entrevisto, pasa al primer plano y acalla un tanto la inicial voz expositiva de Castañón en *El Reyzeuelo*: aunque se presenta en cierta conceptualización tapada por las imágenes de *Fuera del aire* (donde lo que no pertenece al doble acoge aquel tono personal de que hablaríamos antes: una emisión de voz sólo posible en un hombre de veinticinco años en 1978).

El Castañón de *El Reyzeuelo* tiene cinco años más. Plenitud para no desconocerse y para vislumbrar abismos en los otros. Tope para una comprensión de cómo nuestra interioridad es mimada y fragmentada por la sociedad; también para detectar ciertas constantes psíquicas que pueden disfrazarse de belleza, de justicia, de moral, y atravesar los siglos en ejercicio de vileza.

La nueva publicación está integrada por dos audiencias y un intermezzo. La primera recoge veintiocho alocuciones y la segunda diecinueve, el intermezzo quince aforismos. El tono es seco, sarcástico. Numerosos nombres romanos y, claro está, el timbre general, nos hacen pensar por lo menos en Marcial y en Séneca. Los tópicos: caricaturas de mujeres, de escaladores en el poder político y literario, la hipocresía, la lujuria, la vanidad, la mentira, la infamia y, especialmente, el Estado y sus hombres. La cápsula temporal (¿romana?) no aleja tales interdicciones de la cotidianidad en cualquier país latinoamericano.

Ya en una "Tarjeta postal" del primer libro, alguien se asombraba de encontrar "belleza" en cómo un amigo fue asaltado y degollado. En *El Reyzeuelo*, el estilo admonitorio, tensado con palabras que brotan como dinamita, busca siempre un blanco para estallar ("GALA es buena cocinera. Lástima que le queden tan duros los versos licenciosos. Para hacer poesía ha ido a comprar vísceras"; "ESPURIO adquiere propiedades

a costa de sus virtudes"; "...el gusano pasa de manzana a manzana del mismo modo que el matrimonio, institución ineficaz, conlleva el contagio"; "pretende que las suyas son las pasiones más profundas por el hecho de que las grita"; "La infamia le cuesta al calumniado pero también la pagan quienes la celebran"; pero la limpidez idiomática establece un giro inexorable: el tema será siempre el error, la crueldad. De tal apareamiento surge esa desazón contemporánea que es la belleza. Nuestro reposo y nuestro placer son un alto en la delirante violencia de los poderes (TV, política, economía). Un mercado del horror, del desequilibrio es ya parte de lo noble. Hay que asimilar, desbordar y rehacer internamente la existencia, para que el ámbito de lo bello se convierta en lucidez.

No falta en la Primera Audiencia la comicidad. Pero el Intermezzo desata su carcaj ("La lengua o es una melindrosa nostálgica o es una aventurera"; "Cuando un hombre trabaja con demasiada frecuencia en la cocina es que está cocinando a su mujer"; "La ensalada es como la castidad") y produce un cambio de ritmo para la avalancha de la Segunda Audiencia: nada del Estado quedará ahora en pie. Se trata, claro está, de "un Estado tan vasto como el nuestro". Jueces, foro, culpable o inocentes; los líderes y sus acólitos; el uso del erario, los nombres de las calles como homenajes a ciertos tipos, la administración en general: nada escapa de estas frases aún más breves que las anteriores. Pero en el texto no existe un juez que imponga justicia; la voz es anónima y bastante desesperanzada de lograr algún triunfo. Maldice y expone, y en su catarsis nos incluye como lectores de un género poco visto en América Latina. Libro de líneas ágiles, como hubiese querido aquel Franz Tamayo de los *Proverbios* o el Ramos Sucre de *Granizada*.

Adolfo Castañón ha continuado publicando artículos y varias narraciones (no aparecen en esta edición), que nos remiten a un aura de fábula. Pensemos, por ejemplo, en *La uña del león*, donde "el tañido de una flauta" suena en un reino de esmalte. Anteriores a ésta, son *Los guías*, y otras ficciones incluidas en *El pabellón de la límpida soledad*, en las cuales el doble que ya hemos vislumbrado vuelve a tomar la posición de *Fuera del aire*: asoma en sentencias, frases vivaces y mordientes ("Escribe como

quien va a donar sangre"; "Imaginamos con desazón no exenta de melancolía la cara que pondrán nuestros amigos cuando algún día aludamos a nuestra preferencia inexplicable por esa obra a la que, en el mejor de los casos, ennoblece una respetable mediocridad"), pero la página es dominada por una ejecución gradual, a la vez transparente e hipnótica, de lo narrable. Las contraseñas entre ambas voces pisan un territorio esfumado.

También breve, *El pabellón de la límpida soledad* quiere, sobre todo, releer: pero no las obras maestras de cada época o aquellas de "respetable mediocridad", sino sucesos, acciones de la vida diaria (aunque no importa si tales acciones son parte de lo oscuramente imaginario). Con frecuencia la frescura de esta prosa deriva de parecer un comentario anterior: el autor se introduce de manera indirecta en la formulación del texto (nos va a dar "un retrato", "una temporada", "contraseñas", "una fábula", "una disputa", "un correo"), y así el punto de partida anecdótico salta del clarooscuro a la claridad, pareciera que al narrador no lo aflojaran las riendas del ingenio. ¡Cuánta ternura —o solidaridad— junto a la burla sintética!

Después de reconocerse en los intervinientes de *El Reyzeuelo*, mucho ha ganado la escritura de Castañón con *El pabellón de la límpida soledad*: aceitadas puntuaciones (con sus hondos pozos para la significación), sutiles trazos para mostrar el ardor o la infancia; hacerse y hacemos, alternativamente, gato y ratón. Si en la actualidad lo bello es tan resbaladizo como la virtud, y si ésta ha ido perdiendo espacio en los libros, quizá podamos, no obstante, aplicar a Castañón lo que él mismo dijera sobre uno de sus personajes: "nadie ignora que al morir los hombres virtuosos suben al cielo transformados en libros". □

JOSÉ BALZA

Delta del Orinoco, diciembre 30, 1990

Avizo a nuestros lectores

El aumento de nuestros costos de producción nos obliga a modificar el precio de *Vuelta*. A partir de 1993 será de N\$12.00.